

EL Panorama universal

AÑO IV.

DOMINGO 20 DE JULIO DE 1862.

NÚM. 141.

Con arreglo á la ley de propiedad literaria y convenios existentes, queda prohibida la reproduccion de los grabados y la traduccion de los artículos de este periódico.

SUMARIO. Grabados.—S. A. I. el Príncipe Constantino Nicolawitsch, Gobernador de Polonia.—Vista del Real Sitio de San Ildefonso, tomada desde la casa de vacas.—Vista del estre-

cho de los Dardanelos.—Portada del célebre Monasterio de Ripoll, en Cataluña.
Texto.—Crónica de la semana: exterior é interior.—Visita mi-

litar.—El Gran Duque Constantino.—Los poetas de la India antigua.—Real Sitio de San Ildefonso.—Cayo Mario.—El naufrago del Riff.—Poesía.—Suelto.—Novela.

CRONICA DE LA SEMANA.

EXTERIOR.



UMORES altamente contradictorios han circulado en París estos últimos días por lo tocante á la expedición de Méjico. Decíase por una parte que Juárez, puesto en fuga, había dejado la capital de la república á merced de las armas francesas, y otros suponían haberse visto el General Lorencez obligado á capitular en Orizaba.

Ambas noticias son exageradas, y se hallan muy distantes de la verdad, si hemos de atenernos al siguiente despacho telegráfico fechado en París el 16.

«El Boletín de Veracruz del 15 trae noticias de Orizaba del 11. Los franceses continuaban en la misma posición. La salud era muy buena. El General Donai llegó el 11 á Orizaba con 45 carruajes, y el mismo día fué á tomar el mando de Córdoba. Había llegado el segundo convoy con víveres para veinticinco días, enviado el 8 de Veracruz. Los mejicanos se habían apoderado de 20 carros. El General Marquez con 1,500 hombres había llegado el 13 á Veracruz procedente de Orizaba, se disponía á partir nuevamente para reunirse con el General Lorencez. El estado sanitario de la escuadra era excelente.»

Las negociaciones que se cree haber mediado entre Francia y Rusia, han producido un perfecto acuerdo entre estas dos potencias sobre los puntos siguientes:

Ambos Gabinetes han convenido así en la forma de exámen, como en la solución de las cuestiones que afectan la situación y los intereses de los cristianos en Oriente.

I. IV

Ambas potencias han venido á apreciar también de un modo uniforme los asuntos de Italia, y admitiendo desde luego la necesidad de reconocer los hechos existentes, se han puesto de acuerdo en lo relativo á la conducta que sería de desear, fuese adoptada por el Gabinete de Turin, á fin de evitar todo acto que pueda traer complicaciones para la Europa y peligros para la misma Italia.

EL ATENTADO DE VARSOVIA.

El *Diario de San Petersburgo* del 5 de julio publicó los siguientes despachos de S. A. I. el gran Duque Constantino, á su hermano el Emperador.

3 julio.—He llegado con toda felicidad á las cinco. El recibimiento ha sido excelente.

4 julio.—Esta mañana he recibido á las Autoridades militares á las diez, y á las civiles á las once; en seguida he visitado las Catedrales ortodoxa y católico-romana: ambas estaban llenas de funcionarios y de público. Me han recibido de una manera muy cordial.

4 julio.—A las once y quince minutos de la noche.—A las nueve y media, á la salida del teatro, al tiempo de subir al coche, he visto acercarse un hombre que al parecer quería entregarme una petición; pero de repente me ha tirado un pistoletazo á quema-ropa. Dios me ha salvado; la bala ha atravesado el paletot, el sobretodo, la camisa, y despues me ha hecho un pequeño rasguño en la clavícula sin penetrar mas adelante. Estoy del todo bien y no siento mas que una ligera contusion. El autor del atentado ha sido arrestado inmediatamente.—Constantino.

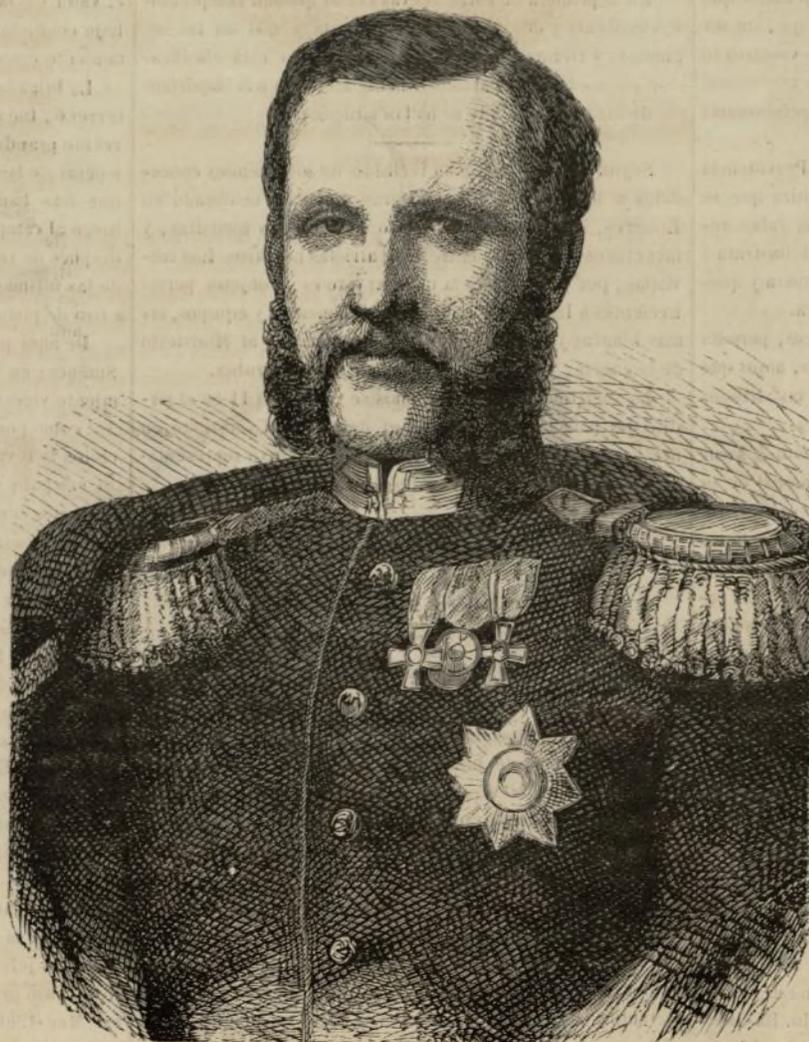
5 julio.—La herida de S. A. I. el gran Duque Constantino se limita á un rasguño de la piel sobre la clavícula izquierda. La herida es de poca estension; el hueso no ha sufrido fractura. La calentura es ligera.

El Conde Luders ha pasado tranquilamente el último día; los dolores de la mandíbula herida son moderados; el paciente ha dormido algunas horas y recobrado algo de fuerzas.—Doctor Bogolubow.

Un diario de San Petersburgo acompaña esos despachos con las siguientes reflexiones:

«Nada tenemos que añadir á esas noticias.

Un bizarro soldado, cuya vida, del todo consagrada al servicio de la patria, ha sido respetada en los campos



S. A. I. el Príncipe Constantino Nicolawitsch, Gobernador de Polonia.
(Véase pág. 227).

de batalla por las balas enemigas; el leal intérprete de los sentimientos del Soberano, de quien es representante, considerado y querido de cuantos han podido conocerlo, ha sido herido traicionablemente por un asesino.—Un Príncipe de la familia imperial, llamado por S. M. el Emperador á proseguir una obra de conciliación, prenda viva del afecto del Soberano para con los súbditos polacos, se apresura á constituirse en su puesto á la primera noticia del crimen. Su augusta esposa, no obstante el estado de salud, no duda acompañarlo. Ambos manifiestan, por medio de su presencia, que no hacen responsable de semejante atentado á la nación polaca. ¡A estas pruebas de aprecio y de confianza contesta un asesino, hiriendo en la oscuridad, á quema-ropa, al hermano del Emperador! Todo el que en Rusia, en Polonia, en Europa, conserve sentimientos de honor, juzgue de este hecho según sus obras.»

Por su parte, el Presidente del Consejo de Estado del reino de Polonia, Sr. Marqués de Wielopolski, ha abierto el 5 de julio las sesiones de esta asamblea con una alocución, en la que refiriéndose al reciente atentado, se espresa así:

«Señores: el gran Duque, nuestro augusto Gobernador, tenía intención de inaugurar personalmente estas sesiones; pero después del accidente de que ha sido objeto, y aunque el estado de su salud no inspira el menor recelo, se le ha recomendado un absoluto reposo. Con arreglo á sus órdenes vengo á representarle entre vosotros.

El Príncipe, tiernamente amado del Emperador, y que mis ruegos han traído aquí como garantía de nuestro progreso y nuestro porvenir, vino con noble confianza á vivir entre nosotros en compañía de su augusta esposa, animada de las mismas benévolas intenciones respecto de nosotros, y trayendo sus hijos. No se engaña, seguramente, por lo que toca al corazón y leales sentimientos de la nación á que se ha confiado él y su felicidad doméstica. Así lo demuestran esos días memorables de su entrada sin ninguna clase de vigilancia, y aquel en que Varsovia lo recibió con gratitud y confianza al pie de los altares.

Después de aquellos hermosos días la noche ha vomitado, como de un tenebroso antro, un nuevo atentado que llena de horror á todo el país. El augusto Príncipe, sin ser compelido ni obligado, nos ha declarado (todos vosotros lo oísteis) que tenía plena confianza en la nobleza tradicional de los sentimientos del pueblo polaco, y que perseveraría en sus esfuerzos para hacerlo feliz.

Nos complacemos en esperar que la misma Providencia que nos ha conservado nuestro Príncipe, permitirá que se descubran abominables proyectos que la justicia sabrá reprimir, y que desde hoy el poder de la verdad ilustrará á unos ilusos, que la fuerza de la conciencia desarmará y quebrantará arrogantes, y que la sociedad se salvará.

Si el puñal asesino debiera otra vez levantarse, permita el cielo caigan sus golpes sobre mi propio pecho, antes que quedar sobreviviendo en el suelo de mi patria á las virtudes de nuestros padres y al honor de la nación polaca.

El gran Duque nos ha invitado en su alocución á sacar provecho de la crisis actual, y á concurrir, cada cual en su esfera, al triunfo del orden y del derecho sobre el mal. Un nuevo acto de confianza de nuestro Emperador y Rey, llama á tres de nuestros colegas al puesto tan importante de Gobernadores civiles. En ese acto estriva el principio de la organización civil que debe preceder á la apertura de los Consejos de distrito sobre la base de unión del Gobierno con el país.»

Háblase en cartas de Montenegro de una sangrienta derrota sufrida el 7 cerca de Sputz por Abdi Bajá. El día antes había tenido lugar una colisión cerca de Zubed, entre los cristianos y las milicias turcas que se proponían talar las mieses.

Es de creer, según cartas de los Estados-Unidos recibidas en Londres, que había ocurrido otra sangrienta batalla cerca de Richmond, y se esperaban con ansia noticias del Ejército de Mac-Clellan. Se había anunciado un nuevo alistamiento de 500,000 hombres de orden de Lincoln. Ha empezado el bombardeo de Wicksburg por las cañoneras federales. En Nueva-Orleans el General Butler ha modificado la fórmula del juramento exigida á los extranjeros, y contra la

cual habían protestado la mayor parte de los Cónsules. Mister Jefferson Davis ha manifestado al Gobierno de Georgia que era necesaria la conscripción para el triunfo de la confederación del Sur. La Cámara de los representantes de Washington ha adoptado el proyecto de arancel que le ha sido presentado.

INTERIOR.

Según dice *La Correspondencia*, el Gobierno de los Estados-Unidos no solo ha abonado una indemnización por el apresamiento injusto de nuestro buque mercante, sino que ha dado las más categóricas y amistosas satisfacciones. El Jefe de la escuadra que cruza delante de la isla de Cuba, en las varias comunicaciones que estando á bordo del *Nidgara*, y siguiendo el crucero, ha dirigido al Comandante de la *Petronila* sobre el modo de practicar el servicio de que le ha encargado el gobierno federal, se ha espresado de un modo tan atento y cortés como puede exigirse del mejor aliado; pero no ha dejado por eso de manifestar la necesidad que tiene de vigilar incesantemente á los enemigos de su república, que entran y salen en los puertos españoles, y de esponer algunas dudas acerca de la mayor ó menor estension que deben tener las aguas jurisdiccionales de la isla. Mientras se decide este asunto entre ambos Gobiernos, espresando cómo ha de considerarse la zona jurisdiccional, y si ha de ser de tres millas como pretenden los marinos anglo-americanos, ó de seis como desean los españoles, nuestros buques de guerra están constantemente á la vista de los suyos, se comunican á menudo, y se hallan los Jefes que los mandan en la mayor armonía.

Quedan para lo sucesivo todas las estaciones telegráficas del reino divididas en tres clases, á saber, de *servicio permanente* de las que se hallan abiertas al público toda la noche y todo el día completo; las que solo han de *estarlo hasta las nueve* de la noche, y de *servicio limitado*, esto es, las que solo tienen servicio de nueve á doce por la mañana y de dos á cinco por la tarde, en invierno, y en verano de nueve á doce por la mañana y de dos á siete por la tarde.

En la primera de estas nuevas clases quedan comprendidas cuarenta y dos estaciones; cincuenta y seis en las segundas, y treinta y dos en las terceras. En esta clasificación parece haberse particularmente atendido á la importancia de los puntos en que se hallan situadas.

Según la lista que se ha recibido de los premios concedidos á los espositores en el gran concurso celebrado en Londres, se han repartido ciento diez y ocho medallas, y menciones honoríficas entre compatriotas nuestros. Las medallas, por lo relativo á la clase XI esto es, á objetos pertenecientes á Ingenieros militares, armamentos y equipos, armas blancas y artillería, han sido adjudicadas al Ministerio de la guerra, y á las fabricas de Toledo y de Trubia.

La distribución de los premios se verificó el 11 en el jardín del palacio, presidiendo el duque de Cambridge en nombre de la reina Victoria. Nuestro país estuvo representado por el embajador D. Antonio Gonzalez.

F. M.

VISITA MILITAR.

La *Crónica de Nueva-York*, refiriéndose á la visita del Sr. Marqués de los Castillejos al General Mac-Clellan, da los siguientes pormenores:

«El sábado 14 de junio actual salió de este puerto para el de Liverpool el vapor de guerra español *D. Antonio de Ulloa*, conduciendo á su bordo al General Prim, su señora é hijo, y al Sr. Brigadier Milans del Bosch y demás personas de su séquito.

Vamos á decir algunas palabras sobre su excursión al campamento del General Mac-Clellan, la cual tuvo lugar el día 8. El General y su comitiva, compuesta de los Sres. Brigadier Milans del Bosch, D. Justo San Miguel, Coroneles Detendre y Cortázar, y Sales y Perez Calvo se embarcaron en el fuerte Monroe en el vapor *Nelly Baker*, en compañía del Capitán Joseph Keller, del primer regimiento de la brigada Excelsior, siendo recibidos por los pasajeros que á la sazón

habían abordado del vapor, con vivos y prolongados aplausos. El buque emprendió en seguida su marcha. Sentado el General en la toldilla y merced á lo apacible del día, pudo ir contemplando á su entera satisfacción las bellas y animadas perspectivas que ofrece aquella costa, y mas de una vez espresó la admiración que le causaban. Durante el viaje encontró el *Nelly Baker* varios trasportes que conducían tropas al teatro de la guerra, y á cada encuentro se repitieron los vitores y otras demostraciones de entusiasmo por parte de los pasajeros.

El *Nelly Baker* no tardó en cruzar la bahía de Hampton, y al poco tiempo entró en el río York, pasando por delante de Yorktown y de sus formidables baterías, y de los fuertes construidos en Gloucester Point, al otro lado del río. El del viaje por el río York fué en extremo agradable hasta llegar á la confluencia del Pamunkey, como que el paisaje que allí se despliega á la vista es de lo mas magnífico y variado que puede imaginarse.

Al llegar el buque á White House, punto de su destino, el General y su comitiva fueron recibidos por una comisión de militares con todos los honores correspondientes á la categoría del ilustre huésped. Un poco mas allá estaba esperando un tren especial, que se puso en marcha inmediatamente, conduciéndoles hasta el paradero de Forest. El General montó entonces á caballo y continuó la marcha seguido de su comitiva, habiendo encontrado al poco rato una escolta de caballería mandada por el Conde de Paris y el Duque de Chartres, quienes por orden del General Mac-Clellan fueron nombrados para salir á su encuentro y acompañarle hasta el campamento.

Al través de un terreno pantanoso, casi intransitable, llegaron al campamento del General Keyes, en donde los recibió cortesmente el General Heintzelman. Después de examinado este campamento, pasaron al lugar en que se dió la batalla de Fair Oaks, en los días 31 de mayo y primero del actual. El conde de Reus observó minuciosamente el terreno y escuchó con la mayor atención los pormenores que se le comunicaron sobre esta batalla tan encarnizada y al mismo tiempo tan infecunda para ambos Ejércitos, alabando el valor de las tropas federales que el primer día pelearon bajo condiciones tan desfavorables, y añadió que su comportamiento era digno de soldados veteranos.

La brigada del General Sickles, acompañada en el mismo terreno, fué revistada por el General Prim, habiéndole merecido grandes elogios por el buen estado en que se hallaba á pesar de las fatigas de la guerra y de haber sido una de las que mas han sufrido en las últimas acciones. Trasladóse luego al campamento de la división del General Hooker, y después de revistarla, se adelantó hasta 400 varas mas allá de las últimas avanzadas federales, de modo que estuvo casi á tiro de pistola de los reparatistas.

De aquí pasó al campamento de la división del General Sumner, en la cual le llamó vivamente la atención el regimiento vigésimo de Nueva-York, tanto por su aspecto marcial como por lo bien que ejecutó algunas maniobras. Concluida la revista de esta división, fué conducido á la tienda de campaña del General Sumner, quien le obsequió con un refrigerio compuesto de galletas, queso y algunos fiambres, el cual, á pesar de su sencillez, verdaderamente militar y de campaña, fué aceptado con muestras de la mejor voluntad.

El primer campamento visitado después, fué el de la división del General Smith, una de las mejores del Ejército federal, de la cual hicieron repetidos elogios el Conde de Reus y sus oficiales. El Conde de Reus se dirigió después al Chickahominy, habiéndolo cruzado por el nuevo puente construido por los federales, y allí pasó revista al ala izquierda del Ejército del Potomac, visitando sucesivamente los campamentos de los Generales Woodburg, Fitz John Porter y otros, y la brigada de tropas regulares.

Terminada la revista, se trasladaron todos al cuartel general de Mac-Clellan, y después de descansar un rato en las tiendas de campaña que se les había preparado al efecto, tuvo lugar la presentación oficial al general Mac-Clellan y á todos los jefes y oficiales de su estado mayor. El conde de Reus pasó gran parte de la tarde conversando con el general Mac-Clellan, probablemente sobre asuntos militares, aunque la conversación parece que fué reservada.

Á la mañana siguiente, el general Fitz John Porter formó su división y mandó hacer algunas maniobras en presen-

cia del conde de Reus, quien alabó muchísimo el buen estado de la tropa y su aspecto marcial. Habiéndose dirigido luego hacia el Chickahominy, encontró un batallón de ingenieros que estaba construyendo un puente, operación bastante arriesgada por cuanto el enemigo no cesaba de hacerles fuego. El general Porter tomó el mando de una batería é hizo romper el fuego contra los separatistas, obligándoles á retirarse, con lo cual pudieron los ingenieros proseguir tranquilamente sus faenas. Esta ligera escaramuza proporcionó al conde de Reus la ocasión de ver, aunque en pequeña escala, cómo se baten los americanos, que era su principal deseo.

De regreso al cuartel general, donde pasó el resto del día, se le obsequió con un excelente banquete de campaña, y tanto los Príncipes de Orleans como el estado mayor del general Mac-Clellan, le colmaron á porfía de las atenciones más lisonjeras.

El día 10 estuvo lloviendo incesantemente, por lo cual no fué posible salir del cuartel general; y no siendo probable se diese pronto una batalla, el general Prim y su comitiva determinaron regresar al fuerte Monroe, como efectivamente lo verificaron, después de haberse despedido de todos los Jefes federales de la manera más cordial y amistosa.

Poco antes de su partida, el Conde de Reus visitó el campamento de Washington, en las inmediaciones de esta ciudad, con el objeto de presenciar la prueba de un nuevo cañón giratorio que se acaba de inventar. A las dos de la tarde se embarcó en el vapor *George Kirk*, acompañado de los señores coronel Cortazar, Ceballos, Navarro, San Miguel, A. R. Fernandez, T. Schomburg y Capitan Chauncey, de la marina de los Estados-Unidos. El vapor atracó al muelle de la Cuarentena (Staten Island.) Cerca de una hora duraron las diferentes pruebas que se hicieron del cañón. Después de varios disparos sobre blancos colocados á diferentes distancias, desde 250 á 700 piés, el general Prim se acercó al cañón é hizo por sí mismo 24 disparos, ó sea toda una carga; habiendo admirado la sencillez del mecanismo de la pieza y lo asombroso de sus efectos.

El general Prim y su comitiva pasaron en seguida á una elegante tienda de campaña, en donde se les sirvió un magnífico refresco, y á las cuatro y media se embarcaron en el *Ulloa*, que estaba ya listo para hacerse á la mar. El Capitan Chauncey estrechó cordialmente la mano del general Prim y en medio de la mayor emoción le dijo cuán grato le había sido aquel momento que acababa de pasar con un soldado tan benemérito. El general contestó que no era menor su satisfacción por haber hallado tantos amigos en América, y que siempre recordaría con placer la hospitalidad de la república Americana.

Al ponerse en movimiento el *Ulloa*, multitud de personas que había en el *George Kirk*, prurrieron en ruidosos y prolongados vítores, los cuales fueron repetidos á bordo del vapor español, en tanto que el hijo del general, de pié sobre la toldilla, hacía ondear una pequeña bandera americana.

EL GRAN DUQUE CONSTANTINO DE RUSIA

Un acontecimiento de ilimitadas consecuencias ha llamado la atención de toda Europa en el nombramiento del gran Duque Constantino como Gobernador de Polonia.

Con esa elección el Emperador ha demostrado una vez más que la política rusa ha abandonado el régimen antiguo, y sin hacer caso de las demostraciones hostiles de los polacos ha entrado en el camino del progreso en el reino de Polonia.

En efecto, es el Príncipe Constantino la reforma personificada, y no ha cesado un momento de transformar la aparente política rusa en una verdad. Nació el gran Duque el 21 de setiembre de 1827, y fué destinado á la marina, en la cual, haciendo sus estudios prácticos, notó graves defectos que por entonces no tuvo facultad de remediar.

Habiendo estallado la guerra de Crimea dió, como Almirante, á la escuadra en el mar Báltico, el consejo de no aventurar lucha alguna en alta mar, por no considerarla con las condiciones necesarias para ello.

Pasó entonces á Cronstadt en aquel admirable estado de defensa que impidió á los aliados intentar el ataque contra

San Petersburgo. Se desconocieron por entonces de tal manera sus ideas, que se le juzgó como hombre del antiguo régimen. Pero pronto debían desengañarse sus adversarios. Puesto al frente del Ministerio de Marina y de la escuadra, después de la muerte de su padre Nicolás, dió principio á sus reformas, que pronto sirvieron de modelo en las demás dependencias gubernativas.

El resultado produjo tales efectos, que estallando hoy una guerra, no se ve precisada la escuadra, en la lucha con un enemigo de igual fuerza, á buscar abrigo tras de muros fortificados. El diario de su Ministerio dió motivos á muchas mejoras, estableciendo principalmente la nueva era de la enseñanza rusa.

Una reforma, alarmante para Rusia entonces, era que se abrieran las puertas al público en los juicios de materia criminal. A su punto culminante en política llegó el gran Duque, estableciendo preliminares para la emancipación de los siervos.

Una parte muy activa tomó en todas las empresas científicas, y principalmente en los viajes al Asia Central. Hallándose de Presidente de la Sociedad Geográfica, tomó parte especial en todas las cuestiones científicas, hasta el punto de proponer al Consejo imperial la libertad de culto para los creyentes antiguos.

El gran Duque Constantino, casado con la Princesa Alejandra de Sajonia Alhenburgo, desde el año 1848, tiene cinco hijos, entre ellos tres varones y dos hembras.

A estas breves noticias biográficas que ilustran la vida del gran Duque, tenemos el gusto de acompañar su retrato

S. C.

LOS POETAS DE LA INDIA ANTIGUA.

KALIDASA.

II.

Así habla la naturaleza en las orillas del Indo, como en las del Celiso, Mincio y Sena. Siva estaba también adornado como ella, el dios terrible se había vuelto amable. Llevado por un toro, rodeado de géneos, se pone en camino, y como en la leyenda helénica de las bodas de Tetis y Poleo, todos los dioses bajan del cielo para tomar parte en la fiesta. Kalidasa no olvida nada: ni su marcha triunfal, ni el acompañamiento de parientes y amigos de Himalaya, ni los presentes acostumbrados, ni el mútuo regocijo de los dos desposados. Miradas cambiadas, apretones de manos, senos que se agitan, todo se comprende, y leyendo aquellos agradables detalles, se olvida que se trata de Siva, dios de la destrucción, y que Uma es la misma Dourga, aquella divinidad sanguinaria, á la que la India ofrecía víctimas humanas; aquellos mitos oscuros y atroces se dulcificaban bajo la pluma brillante del amable poeta. En fin, el *pourohita* (sacerdote de la familia) celebra el sacrificio nupcial, bajo los auspicios de Brahma. El júbilo le hace mejor: pídesse al feliz esposo la gracia de Xama: resucitado el Amor, se rinde á las caricias de la Voluntad, y Siva arrastra tiernamente á su compañera al tálamo, de donde saldrá bien pronto el guerrero Kartikeya, enemigo de los demonios y salvador de los dioses. Así termina mágicamente este fragmento de epopeya que tiene unidad y proporciones relativas, y en el que Kalidasa, á falta de profundidad y energía, ha sabido derramar en él tanta elegancia y gracia.

Si el *Koumara-Sambhava* debía ser una especie de teogonía, el *Rhagou-Vansa* es un poema genealógico, una crónica versificada del género de los *Anales* de Ennio y de nuestras epopeyas carlovingias, con el empleo más frecuente del maravilloso. Es la historia tal como los indios la hacían, vaga, mas moral que heroica, y muy parecida á la fábula. Sabido es que decían haber tenido en su origen dos dinastías, emanada la una del sol y la otra de la luna. Los cinco hijos de Pandu, cantados en el *Mahabharata*, pertenecían á la segunda; Rama, el héroe del *Ramayana*, á la primera. El *Rhagou-Vansa*, ó la familia de *Rhagou*, contiene la lista versificada de todos los Príncipes solares: era una de las seis epopeyas clásicas de segundo orden, y ha sido traducida al griego, latín é inglés. Comprende diez y nueve capítulos y cuenta más de tres mil versos, estando escrita igualmente

en *slokas* ó disticos de treinta y dos piés. Es un cuadro poético, vasto y rápido á la vez, del que solo indicaremos las principales líneas.

Después de la invocación y esposición de cajón, Kalidasa nos traza el retrato de uno de los primeros hijos de Mamí, Dilipe, Rey de Kosala, tipo de perfección régia. Su mujer Sudakshina, tan virtuosa como él, le acompaña cerca del anacoreta Vasishtha, porque no tienen hijos, y las súplicas de aquel santo son las únicas que pueden alcanzárselo. Este explica al monarca las causas de la esterilidad de Sudakshina: en otro tiempo él había ultrajado á Surabhi, vaca consagrada á los dioses, y la vaca le maldijo; no puede rescatar su crimen sino honrando á Nandini, hija de Surabhi, ternerrilla que está al servicio del mismo Vasishtha. Nada hay más profundo que el respeto de los pueblos gangéticos hacia este animal, que en la lengua y poesía indias simboliza la tierra, cómo Dilipe sigue paso á paso á la ternerrilla sagrada, ofreciéndole agua pura y yerbas perfumadas, apartando de ella los insectos, acariciándola y vigilándola: como la defiende de un león furioso, que no es otra cosa que un géneo metamorfoseado, es preciso verlo en el texto mismo. Aquellos son prodigios, transformaciones, escenas de la más rara superstición encajadas en los más frescos paisajes. Lo maravilloso, que en los demás poetas no es más que un agradable ornato, un brillante accesorio, constituye el fondo y la base de la epopeya sanscrita.

Tal caridad de sus frutos: un niño milagroso nace bien pronto de Sudakshina; el amor con que le favorece Dilipe está descrito con una sencillez conmovedora. Este niño, llamado Raghu (el que va lejos), y que da nombre á su obra, debe ser un héroe. Recibe la tonsura como todos los jóvenes Príncipes indios y se le inicia en las letras, porque la educación de los herederos presuntos de la corona, era tan cuidadosa en la India como entre los judíos y persas. Mas tarde, después de un combate de Raghu contra el mismo dios Indra, combate verdaderamente homérico, Dilipe le asocia á su poder, y abdica, no por disgusto ó desidia, como Diocleciano ó Carlos V, sino por conformarse á la tradición, que quería que los monarcas indios fuesen á terminar, en el fondo de un piadoso retiro, una larga vida consagrada al ejercicio peligroso de la autoridad, tan pronto como tenían un sucesor capaz de sostener el peso de ella. Las costumbres que nos retratan estos poemas eran de una pureza bastante rara seguramente en las admirables literaturas de la Grecia ó de Roma, y que nos transporta á la época caballeresca de la edad media. No nos estenderemos en las conquistas, viajes y liberalidades de Raghu. Todos aquellos *kehattrayas* ó héroes de la casta noble eran tan caritativos como bravos, y tan devotos como hábiles. Nosotros no tenemos más que un San Luis en toda la historia de Francia, en el *Rhagou-Vansa* solamente hay diez. Raghu recibe á su vez de los sacerdotes que venera la promesa de un hijo, la recompensa más preciosa posible para un ferviente sectario de los *Vedas*. Aquel hijo viene á la hora fijada, se llama Ajá, y cuando está en edad de casarse, un Príncipe vecino, Rhodja, le destina su hermana Indumati. En el momento en que el joven va á presentarse á su prometida real, es atacado por un elefante salvaje, ó mejor por un géneo celestial condenado á revestirse de aquella forma; le da un flechazo en la frente, é inmediatamente el géneo recobra su primera forma y ofrece un arco mágico al guerrero que le ha librado.

La elegancia y la gracia, cualidades habituales de Kalidasa, se despliegan con facilidad en el relato del *swamyabara* ó elección de esposo; porque las princesas indias, más favorecidas que las de la mayor parte del Occidente moderno, no contraían sino matrimonios por inclinación, en lugar de ser instrumentos ó víctimas de la política. Siete Príncipes solicitan la mano de Indumati, que debe elegir uno de ellos en presencia de la multitud. Imposible sería decir cuánta sutileza y coquetería ha prodigado el poeta en los retratos de aquellos diversos monarcas, tan tiernos y tan amables como áridos y groseros eran los pretendientes de Penélope. Son verdaderos caballeros de la edad media reunidos en una corte de amor y buscado el medio de agradar á la reina de la hermosura. Ajá es elegido; arrogante y dichoso se lleva á su compañera. ¡Ay! la dicha de los esposos se turba prontamente. La *Iliada* y los *Nibelungen*, los *romances* españoles y nuestras epopeyas caballerescas, abundan en batallas dadas por las mujeres: lo mismo sucedía en las orillas del

Ganges. Los siete monarcas repudiados se emboscan en el camino del rival preferido y le disputan la posesion de Indumati. La descripción de este combate es larga y de una energía rara en Kalidasa, recordando las poesías persas, germánicas y escandinavas.

Cada uno escogió un rival digno de él en la confusion.... El caballero no continuaba hiriendo ya al que le había herido y no podía volverle sus golpes; hubiera querido ver revivir á aquel cuyo cadáver pendía inclinado sobre el cuello de su corcel.... El campo de batalla tenia por frutos cabezas cortadas, por copas cascos caidos en tierra, por vino sangre: parecia el festin de la muerte. Cuando las aves de presa desgarraban por los dos cabos un fragmento de brazo, un lobo herido en la garganta por el broche del brazalete se vió obligado á abandonar aquella presa, á pesar de su avidez por la carne. Un soldado cuya cabeza habia sido cortada por el machete enemigo, fué colocado inmediatamente en un carro aéreo: una ninfa celestial se sentó en él á su izquierda, y pudo ver desde lo alto su tronco mutilado palpitante aun en la llanura.

Ajá blande su arco mágico, é inmediatamente queda en su sitio el Ejército de los Príncipes rivales poseido de un miedo súbito, y vuelve libremente á su casa. Su padre Raghu, sintiéndose envejecer y viéndose renacer en su persona, se dispone á dejar el trono á pesar del llanto de su hijo va á retirarse á las selvas y á fuerza de austeridades á esperar allí el momento del *nirvana*, es decir, el momento en que será librado de la pena de vivir, y en el que se absorberá en el seno de la divinidad. Mas tarde, Ajá mismo obtiene un hijo; pero llora á su padre Raghu y á su esposa Indumati. Sensible como Eurípides y

Virgilio, Kalidasa nos representa allí un nuevo Admeto llorando su Alceste, otro Orfeo pidiendo su Euridice. Las estancias elegiacas que el Príncipe pronuncia ante el cuerpo inanimado de su compañera, forman una verdadera salmodia fúnebre.

«.....Me parece sin embargo que vas á revivir cuando el viento agita los bucles de tus cabellos adornados de flores, trenzados y brillantes como el color de las abejas. Despiértate pronto, mi muy amada, y dignate disipar mis inquietudes, como esas yerbas fosforescentes que de noche iluminan las tenebrosas cavernas del Himalaya. A la vista de ese rostro que cubren tus cabellos en desórden, á la vista de tu boca muda, ¡cuánto sufro! Creo ver un nenúfar solitario olvidado en la sombra, y donde el insecto andaba á su alrededor sin fijarse en él. La luna y la noche son inseparables; el ave vuelve á reunirse con su compañera; pero tú ¡oh dolor! tú me dejas por toda una eternidad. ¡Oh mujer de las formas graciosas! Tus miembros delicados que se hubieran lastimado, aun desflorando un lecho de hojas frescas, ¡qué se harán, dime, si se los coloca en una pira? Tú has legado á los ruiseñores tu voz armoniosa, á los cisnes tu andar lánguido, á las ciervas tu mirada tímida, á las plantas muellemente acariciadas por el viento tu sonrisa.... Hoy mi reposo está turbado, mis placeres se han desvanecido, mis cantos han cesado; la bella estacion no tiene ya fiestas para mí; no tengo ningun motivo para adornarme; mi lecho está vacío para siempre. ¡Oh mi esposa y compañera, mi amiga y mi amante, mi discípula querida en el arte del canto, mi bella Indumati, responde á mis quejas! Arrebatándote á mí sin piedad, la

muerte me ha arrebatado todo.... En vano conservo el imperio: sin tí, la felicidad de Ajá, solo es un sueño; yo huyo todos los demás gozes: para mí tú los reunias todos, ¡y tú ya no existes!»

A estos recuerdos, en que á un sentimiento patético se une una imaginacion tan florida, oponemos las palabras que acaba de dirigir al Príncipe afligido un piadoso discípulo del Pontífice Vasishtha: aquellas graves máximas, conformes con la antigua doctrina de los brhmanes, forman con las quejas afeminadas de Ajá un contraste lleno de nobleza.

«Cesa de pensar en la partida de Indumati; todo el que nace está seguro de morir. Vuelve tus miradas á la tierra; hé aquí la verdadera compañera de los Reyes. Tú que has tenido la sabiduria de evitar constantemente en la dicha el escándalo del orgullo, aun ahora en medio del dolor que consume tu alma, tén fuerzas suficientes para soportarlo todo.



Vista del Real Sitio de San Ildefonso, tomado desde la casa de vacas. (Véase pag. 229.)

¿Piensas poder reconquistar con lágrimas á la que no obtendrás si te contentas con morir tras ella? Apaga tus lamentos; vuélvete á unir á tu esposa por dones y sacrificios, porque las prolongadas lágrimas importunan á los muertos, segun se dice. En efecto, la muerte es la condicion natural de los seres; segun los sábios, la vida no es para nosotros mas que una trasformacion; así cuando uno vive, cuando uno respira solamente un minuto, no habrá ganado en ello. El hombre pusilánime mira la muerte de un amigo como una espina clavada en el corazon; pero el hombre magnánimo piensa que la muerte conduce á la salud. Puesto que los Vedas nos enseñan que el cuerpo y el alma se separan alternativamente, dime, te suplico, ¿cómo podria afligirse el sábio de estar separado de lo que está fuera de él? Oh, el mejor de los Soberanos, no vayas como un insensato á caer bajo el yugo de la desesperacion: ¿qué diferencia habria entre los montes y los árboles, si el viento que sopla quebrantase á los unos lo mismo que á los otros?»

Estos consuelos tan religiosos y razonables dejan á Aja inconsolable y desesperado. Resignase, en fin, á aguardar: aguarda veinte años, hasta que su hijo se haya revestido con la coraza real y recibido los homenajes de los ciudadanos; pero entonces se deja morir de hambre, y corriendo, halla en lo alto á su compañera adorada, mas bella aun que bajo su primera forma, y goza de nuevo de su amor en los deliciosos palacios del cielo, y esta vez es para siempre.

El hijo de Ajá y de Indumati, Dasaratha, Rey de Ayodhya (Ouda), es uno de los mejores Príncipes de aquella raza, de la que casi todos son buenos; la pintura de tantos héroes

y santos seria monotonía si se pudiera hastiar uno del espectáculo de la virtud. Los cuadros episódicos se suceden sin intermision: de una descripción muy desarrollada de la primavera, llena de detalles voluptuosos y refinados, pero muchas veces dignas de Ovidio, Thomson ó Gessner, pasamos al relato de una caza verdaderamente india; cabras y machos cabríos, ciervos y gacelas, javalies feroces, toros salvajes, caen bajo los golpes del jóven monarca: desgraciadamente, una de sus saetas ha volado al azar y ha herido en los sotos á Yajnadata, hijo de un eremita viejo y ciego, que sacaba agua para sus padres de un rio cercano. Este incidente, que ha sido contado en versos conmovedores por el autor del Ramayana, está indicado por Kalidasa en algunos rasgos vivos y rápidos.

«Habiendo seguido las huellas de una cierva, y perdido de vista su escolta: llevado al través de los bosques por su caballo que manaba espuma, llegó al rio Tamasa,

cuyas orillas están habitadas por tanto eremita. Cerca del agua resonó un grito claro y dulce, el de una vasija que se llenaba. Dasaratha, creyendo era el grito sofocado de un elefante, lanza hácia aquel lado una flecha que cae en él silbando.... «¡Ay, padre mio!» Tal fué el lamento que oyó entonces: buscando al autor de él, oculto detrás de los zarzales, descubrió, atravesado por su flecha, al hijo de un religioso. Inmediatamente desgarró el arrepentimiento el corazon del Rey como otra flecha mas rápida. El cuerpo del jóven estaba caido sobre la urna. Bajando del caballo el noble Príncipe, le preguntó acerca de su nacimiento; supo que debia el día á un eremita. A peticion suya, y sin haber sacado aun el dardo de su seno, le condujo hácia su padre ciego,

le contó el crimen involuntario cometido por él en su hijo único. Despues de largas lamentaciones, los dos esposos mandan al homicida saque él mismo la flecha del pecho de su hijo, que instantáneamente rinde el alma. Entonces el anciano padre, regando sus manos con sus lágrimas, lanza contra el Rey esta maldicion: «Tú tambien, al declinar tu edad, dejarás la vida llorando un hijo!» Diciendo esto, parecia una serpiente que, hollada por los piés, vomitaba un veneno.»

Este no es mas que un trazo que parece frio si se le compara al bello cuadro de Valmiki; pero aunque resumido, todo está marcado y concurre al efecto deseado. A pesar de la siniestra imprecacion del religioso, Dasaratha no desea nada tanto como un hijo: pero obtiene mas de lo que podia esperar, porque aquel hijo será el salvador del mundo. Kalidasa, que se repite y copia bastantes veces, supone, como en un episodio del *Koumara-Sambhava*, que los dioses están inquietos del poder creciente de un pakchasa ó génio malo, Ravana, Rey de la isla de Lanka, y que van á buscar á uno de los tres miembros de la Trimurti suprema, Wishnú, para pedirle socorro.

Wishnú les amenaza que, con el fin de vencer al espíritu del mal, consiente encarnarse él mismo, una vez mas, en la persona de Rama, el hijo prometido á Dasaratha; porque todos las *avatara* ó trasformaciones de este dios, son beneficiosas para el Universo. En su consecuencia, de las tres mujeres del Rey de Ayodhya nacen cuatro hijos, Lakshmana, Sattronghna, Bharata y Rama. Como en las profecías de Isaías y en la cuarta égloga de Virgilio, tantas veces imitadas por

los poetas, este nacimiento milagroso es predicho por los signos mas brillantes. Los lectores del *Ramayana* hallarán aquí toda la serie de las bellas acciones de Rama, tan largamente desarrolladas por Valmiki, tan brevemente resumidas por Kalidasa. Cuando llega el tiempo, el joven héroe deja á su padre, su madre y su corte, á fin de cumplir su destino; no le faltan pruebas; jamás el Hércules ó el Teseo de las fábulas griegas, jamás los paladines de nuestros antiguos romances han sufrido mas dificultades. Baste recordar su paso por los bosques, donde combate los monstruos y recibe armas maravillosas; la manera con que obtiene la mano de Sita, hija del Rey de Mithile, tendiendo solo entre todos sus rivales un arco enorme, como hace Ulyses en la *Odisea*; su duelo con el gigante Parazon-Rama; su vuelta á Ayodhya; la envidia de su suegra; el destierro á que le condena su padre por catorce años; su huida al desierto con Sita y Lakshmana.

En vano, á la muerte de Dasaratha, otro hermano de Rama, Bharata, quiere tomarle el cetro, persiste en habitar las selvas santas, entregarse allí á la penitencia, luchar contra los malos géneos. Su jefe, Ravana, se venga robando á Sita, que lleva á Lauka: estamos en plena magia. Rama toma por confidentes á los buitres Djatayon y Sampati; por aliados á Songriva y Hanoumat, dos Príncipes de la tribu de los monos; echa un puente de rocas sobre el Océano indio, y penetra en la isla maldita, guarida del rakchasa. Allí se empeña una espantosa pelea: heridas curadas por las yerbas mágicas, muerte de Ravana, aquel ogro de muchas cabezas, aplauso de los dioses, bendiciones de los pueblos librados, todo tiene el color de una epopeya fantástica.

Háse pretendido, no sin verosimilitud, que estos raros mitos ocultaban el recuerdo de alguna guerra de esterminio,

sostenida con éxito por un gran Príncipe de la península inda, ayudado de tribus montañosas, contra los piratas antropófagos de la isla de Ceylan. Sea lo que quiera, Kalidasa nos mantiene en la esfera de la pura ficción. Sita, que está purificada de todo contacto con los inmundos rakchasas, atravesando una hoguera ardiendo, sube á un carro celestial dado por Indra. En un discurso largo y brillante, donde se hallan hábilmente mezcladas la geografía y la poesía, Rama le muestra desde lo alto de los aires todos los lugares donde han vivido, sufrido y amado durante catorce años, y le enseña, en fin, el suelo de la patria, tan dulce de ver despues de tantos tormentos soportados, tantas hazañas realizadas. ¿Qué sucesos de situaciones sencillas y naturales, al mismo tiempo que nobles y elevadas! Yo no sé si nos hemos hecho poco sensibles á este género de mérito, pero bastaba para conmover hasta verter lágrimas á generaciones mas positivas y menos desdeñosas. Rama goza de la dicha de abrazar á su madre Kaosalya, á su suegra Sonmitra, y á sus tres hermanos: se reconcilia también con su madrastra Kekeyi. Pero en la poesía india, como en la vida real, el mal se mezcla siempre con el bien, y el reposo es el premio de largas pruebas. El pueblo está descontento, porque Sita permaneció largo tiempo entre los rakchasas: ¿cómo podría estar pura? En vano se habia espuesto al juicio del fuego; en vano está próxima á

concebir. Rama, Rey antes de ser esposo, encarga á Lakshmana la trasporte á la parte allá del Ganges, á casa del famoso Valmiki, sacerdote y poeta, autor de aquel *Ramayana* donde están cantadas tan elocuentemente sus mismas aventuras. La melancolía de Lakshmana, obligado á abandonar á su cuñada, el desmayo y las lágrimas de Sita, sus palabras de perdon por el que la hiere y ha querido, aquella mezcla de virtud y de ternura, de resignación y de dignidad, forman una pintura acabada. ¿La antigüedad grecolatina tiene tan frecuentemente esos acentos del alma que hacen pensar en el cristianismo? Un rasgo que Virgilio no hubiese olvidado, pero que es superior en el gusto indio, es que la naturaleza entera se asocia al duelo de aquella Reina desgraciada; los pavos reales dejan de revolotear, los árboles dejan caer sus flores, las gacelas vuelven la yerba pacida por ellas; toda la selva gime. Valmiki recoge á

deliciosísima morada, mientras el sol de julio y agosto parece querer bajar á dar un beso á la capital de aquella monarquía, de cuyos límites no se podía separar allá en otros tiempos. El verano, parodia del verano que disfrutamos en Madrid, no dura en la Granja mas que unos dias, lo restante hasta la tercera parte del año, es una agradable primavera, y los otros ocho meses una especie de Siberia, nubes en lo alto, charcos en lo bajo, hielos en todas partes.

Compréndese que estas nubes, charcos y hielos, son un indefinible encanto contemplándolos desde el mes de julio y vistos al reflejo de un horno de reverbero, pared blanca queremos decir, que termina la perspectiva de ocho varas del sitio en que escribimos estas líneas.

Cuatro son las puertas que dan paso al Real Sitio de San Ildefonso al través del muro que ciñe todo su recinto. Denominanse Segovia, Reina, Horno y Campó. La primera es de hierro con tres entradas, de las cuales la de en medio no se abre sino para pasar SS. MM. en tiempo de jornadas; la de la Reina es de piedra berroqueña, con igual número de entradas y condiciones de paso que la de Segovia; las otras dos no ofrecen nada de particular.

Las 430 casas, poco mas ó menos, que dan albergue al vecindario de la Granja, son por lo general de moderna construcción; constan de dos pisos habitables y una boardilla; son en tiempo de invierno páramos desiertos y en tiempo de la jornada preciosos graneros, donde los propietarios acumulan ópimos productos.

Desde luego se supone que nadie vá á la Granja á pasearse por las calles, y de aquí sin duda nace el poco esmero del empedrado. Hay entre los grupos de casas seis espaciosos vacíos, que durante la residencia de la corte, pueden con propiedad tomar la denominación de plazas, por-

que entonces sirven en efecto para esponer los diversos artículos de consumo que en ellas se venden.

La denominada de *Palacio* es la que merece fijar la atención, no solo por el espacio de 600 pasos de longitud sobre 200 de ancho que ocupa, sino porque campean en ella notables edificios de que sumariamente daremos razon principiando por el Real Palacio.

Presenta este notable edificio una fachada á la plaza que lleva su nombre, que aunque no es la principal, es la destinada al uso de SS. MM. Fórmanla dos arcos sin adorno alguno y una entrada cuadrada con sus puertas de fierro. Entrando en el primer patio, á mano derecha se halla la escalera principal formando dos brazos; es notablemente sencilla, pero de buen gusto, cómoda y clara por el moderno lucernario que la cubre en forma de media naranja. A su conclusion se encuentra lo que se llamaba *Zaguane de Guardias*, cuando los habia y desde allí principian las habitaciones interiores, en las que hay algunas con techos pintados al fresco por Saxo, Fideli, Galvez, Sans y otros. La decoración de los diversos aposentos es la que corresponde, y aunque agrada mucho la profusion de cristales, doraduras, relojes, arañas etc., lo que mas cautiva la vista son nada menos que 718 cuadros de diversos tamaños y de maestros como Rubens, Amiconi, Morate, Laque, Procacini, Caputi, Caraci, Solimela, Baulo, Dominquino y otros.



Vista del estrecho de los Dardanelos. (Véanse los números anteriores.)

la desterrada, y la consuela prediciéndola la concepcion mas gloriosa. Confiada á mujeres piadosas, durmiendo junto á las bestias salvajes, vestida de una túnica de cortezas, Sita no consiente en sobrevivir sino para dar la subsistencia al heredero de su esposo.

(Se continuará.)

JOSÉ LESEN Y MORENO.

REAL SITIO DE SAN ILDEFONSO.

En la falda O. de los montes carpetanos, cordillera del puerto de Guadarrama, en el recinto que varias eminencias colocadas perfectamente en forma de herradura dejan entre sí, se estiende una poblacion ocupando un espacio de N. á Sur de 1,000 piés y de 1,900 de E. á O.

Esta poblacion, conocida con el nombre de San Ildefonso, ó la Granja, es el Sitio Real que por la elegancia de algunos de sus edificios y por lo suntuoso y variado de sus fuentes, pudiera rivalizar con los mas célebres de Europa, si la régia munificencia que lo sacó de la oscuridad hubiera podido proseguir derramando sobre él tesoros de bellezas artísticas como lo hizo en tiempos no tan agitados como los últimos.

Su clima, en efecto, convierte á este Real Sitio en una

No obstante estas riquezas, la galería baja puede decirse que la aventaja en magnificencia, pues además de hallarse estucada su bóveda, los cornisamentos de puertas, pisos y alfeizares de las ventanas, están guarnecidos de los mejores mármoles de España con columnas de Italia y de otras varias y esquisitas piedras de la Península. Campean en este local 110 estatuas de buenos mármoles y yeso, con algunos ídolos egipcios y cuadros en tapiz; y llama particularmente la atención, por su antigüedad, un vaso cinerario de mármol con medios relieves y un pedestal de madera con entrepaños de jaspe. La parte posterior de este edificio corresponde á los jardines y constituye la fachada principal. Compónese la longitud de esta de 260 piés por 60 de alto; su principal cuerpo, que es del medio, y cuya invención es debida al abate Ibarra, arquitecto italiano, consiste en ocho columnas del orden compuesto, cuatro á cada lado, y de pilastras y medias columnas en lo restante del frontis. En su ático hay colocadas cuatro cariátides, dos medallones, las armas reales, y sobre la coronación corren balaustradas con algunos trofeos militares. Las columnas son de piedra marmolizada roja de las canteras de Sepúlveda; los medallones, armas de España y trofeos, de mármol blanco de Granada, y de esta misma piedra son cuatro figuras de cuerpo entero, que representando las cuatro estaciones del año con sus atributos particulares, se ven abrazadas en ademán de sostener el segundo cuerpo de la obra. Tres elegantes puertas de hierro con adornos dorados, dan paso de este elegante edificio al jardín frente al parterre de la Fama.

La casa llamada de *oficios* está contigua al Real Palacio, y como su nombre lo indica, está destinada su planta baja para cocina y oficios de boca; el piso principal para el despacho y habitación de Ministros, y el resto para habitación de empleados de la régia comitiva.

No describiendo, en obsequio de la brevedad, ni el teatro, ni los siete cuarteles, ni la casa de canónigos, edificios todos muy proporcionados á los diversos objetos á que están empleados, nos detendremos ligeramente en la casa llamada de los *Infantes*. A los Serenos, Sres. D. Antonio y D. Gabriel, debe este edificio su existencia, cuya dirección fué encomendada á D. José Díaz de Gamones, arquitecto del Real sitio. Compónese su planta de un cuadrilongo de 462 piés de longitud por 152 de latitud, y como se halla aislado proporciona gozar de magníficas perspectivas de montañas y arbolados y servir de hermosa decoración por la parte del E. á la calle que lleva su nombre. Su arquitectura es sólida y del gusto moderno, y en su interior se encuentran 148 habitaciones, y tres patios con 240 arcos.

Concluyóse la fábrica de esta obra en 1778 y casi en la misma época se levantaron en frente otros dos edificios para habitaciones de gentiles hombres de cuartel y embajadores de Francia y Nápoles.

Formando estos edificios línea recta con otros de particulares forman una calle hermosa y de buena vista, que es sin duda la mejor de la población.

En medio de tantas bellezas artísticas, acumuladas por el buen gusto de SS. MM., era natural que también la industria tuviera sus representantes. A esto sirvieron el edificio denominado la *Calandria*, dedicado á tejidos de lienzo y la *Fábrica de cristales*.

Ambos alcanzaron grande prosperidad por lo selecto de sus productos, debidos en gran parte á lo bien entendido de sus compartimientos y á las ventajosas condiciones de que se vieron dotados.

El segundo de estos dos edificios, principalmente, esto es, la fábrica de cristales, está considerado como el mejor de los que en Europa se hallan construidos y destinados á este objeto.

La Real colegiata es otro de los edificios que adornan este Real sitio; su figura interior es de una cruz latina, teniendo en su parte inferior el coro compuesto de una elegante sillería construida por D. Antonio Zurita y D. Manuel Serrano. Figuran en este templo muy buenos mármoles, en especial los del altar mayor, trabajados por los Sres. Lansceberi y Ademans, y el frontal del mismo es de pórtido y el sagrario de lapislázuli, todo el templo se halla estucado de blanco, doradas sus molduras y pintadas las bóvedas y media naranja por Maello y Bayen, autores también de los cuadros colaterales.

La descripción de los jardines y suntuosas fuentes que

constituyen la principal celebridad de este Real Sitio, exige ser tratada con la debida estension en otro artículo.

F. M.

Hasta qué punto pueda el artificio oratorio encubrir las verdaderas aspiraciones del alma, y hasta qué extremo pueda fascinarse á la multitud é inspirarle convicciones contrarias á lo mismo que está viendo, puede deducirse de la siguiente ARENGA DE CAYO MARIO Á LOS ROMANOS, y teniendo presente que ese Mario fué el terrible competidor de Sila despues de la guerra social, y el mismo que habiendo obtenido por séptima vez el Consulado, murió indecorosamente anegado en los placeres de la crápula.

EXTRACTO DE LA ARENGA DE CAYO MARIO Á LOS ROMANOS.

Harto comun es, compatriotas, observar una completa diferencia en la conducta de aquellos que se presentan como candidatos á los puestos del poder y confianza, antes y despues de obtenerlos, solicitándolos de un modo y obrando despues de otro, haciendo alarde de actividad, humildad y moderación, para caer despues en la indolencia, el orgullo y la avaricia. Indudablemente, no es fácil desempeñar con general satisfaccion los deberes de un puesto supremo en turbulentas circunstancias; mas creo comprender debidamente la importancia del cargo que me propongo tomar sobre mí para servicio de mi país.

Proseguir una costosa guerra con el menor dispendio del Tesoro público; tener que servirse de aquellos á quienes puede ser delicado ofender; dirigir al mismo tiempo una complicada variedad de operaciones; concertar medidas en el interior que respondan al estado exterior de las cosas, y obtener el estado apetecido á despecho de la oposición, de los envidiosos, facciosos y descontentos: hacer todo esto, compatriotas, es mucho mas difícil de lo que realmente se cree.

Pero, además de las desventajas que me son comunes con los que ocupan elevados puestos, mi situación, bajo este respecto, es peculiarmente penosa, puesto que si un Jefe de la clase de los patricios se hace reo de un descuido ó contravención de su deber, la antigüedad de su familia, los importantes servicios de sus antepasados, y el pueblo, que por su cargo tiene comprometido en sus intereses, le ponen á cubierto de un condigno castigo; pero mi única salvación depende de mí mismo, lo cual hace indispensable que cuide de que mi conducta sea clara y escepcional. Además, sé bien, compatriotas, que la vista del pueblo está fija en mí, y que, aun cuando los imparciales que prefieren las ventajas positivas de la república á toda otra consideración, favorecen mis pretensiones, los patricios nada desean tanto como ocasiones para obrar contra mí. Hé aquí por qué mi definitiva resolución es hacer los mayores esfuerzos para que vuestras esperanzas no queden en mí frustradas, y que los indirectos designios de aquellos puedan desvanecerse.

Desde mi juventud me han sido familiares las fatigas y los peligros. Yo fui fiel á vuestros intereses cuando os servía sin aspirar á otra recompensa que el honor. No es mi designio engañaros ahora que me habeis conferido un cargo lucrativo. Vosotros me habeis confiado el mando de la guerra contra Jugurta, y los patricios se han ofendido por esto. Pero ¿hubiera sido cuerdo dar este mando á uno de semejante gerarquía? Persona de ilustre cuna, de antigua familia, de innumerables estatuas, sí, pero sin experiencia. Su larga línea de muertos antepasados y su multitud de inmóviles estatuas, ¿qué servicios prestarían á su país en un día de batalla? ¿Qué podría hacer un general semejante en su apuro é inesperienza, si no buscar en otro Jefe superior la dirección de las dificultades que él no podía superar? Así vuestro patricio General tendrá de hecho un General superior á él; así el mando activo estaría en las manos de un plebeyo. Tan verdad es esto, que yo mismo, conciudadanos, he visto á aquellos que fueron elegidos Cónsules, empezar entonces á leer la historia de su propio país, que hasta aquella época ignoraban totalmente; ellos obtuvieron primero los empleos y despues trataron de aprender lo necesario para desempeñarlos.

Yo someto á vuestro juicio, romanos, de qué parte es ficticia la ventaja cuando se compara la altivez de los patricios con la experiencia de los plebeyos. Las mismas acciones que ellos solo han leído, yo en parte las he visto y en parte las he llevado á cabo. Lo que ellos saben por la lectura yo lo sé por la práctica. Ellos se complacen en rebajar la humildad de mi cuna, yo menosprecio la vileza de su carácter. La falta de nobleza y fortuna es su única objeción contra mí, falta de dignidad personal contra ellos. Pero acaso, ¿no son todos los hombres de la misma especie? ¿Qué puede constituir la diferencia entre dos hombres sino las dotes del espíritu? Por mi parte, siempre miraré como mas noble al mas valiente de los hombres (1). Suponed que se preguntase á los padres de patricios como Albino y Bestia, si pudiendo elegir habrían deseado hijos de su carácter ó del mio, ¿qué hubiesen respondido sino que preferirían á los mas valientes para ser sus hijos? Si los patricios tienen razón para despreciarme; que desprecien también á sus antepasados, cuya nobleza fué fruto de mi virtud. ¿Envidian los honores que me han sido otorgados? Que envidien también mi trabajo, mi abstinencia y los peligros que he corrido por mi país, por cuyos medios los he adquirido. Pero esos hombres indignos llevan una vida de inactividad, como si despreciaran los honores que podeis darles, mientras que aspiran á esos mismos honores cual si los mereciesen por la mas acrisolada virtud. Ellos pretenden la recompensa de la actividad por haberse mecido en los placeres del lujo; sin embargo, nadie puede ser mas pródigo que ellos en alabanzas á sus antepasados; creen que celebrando á estos se honran á sí mismos, siendo así que hacen lo contrario, porque, tanto como aquellos se distinguieron por sus virtudes, tanto mas están ellos deshonrados por sus vicios.

La gloria de los antepasados derrama ciertamente la luz sobre su posteridad; pero esta luz sirve para ver lo que son sus descendientes, y presenta á la vista del público su degeneración y su verdadero valor. Yo confieso que no puedo alabarme de las acciones de mis padres; pero espero poder responder á las intrigas de los patricios con la demostración de lo que yo he hecho.

Observad ahora, compatriotas, la injusticia de los nobles. Ellos se abrogan honores por cuenta de las hazañas de sus antepasados, mientras que por su parte me niegan la debida alabanza por haber ejecutado acciones de la misma. —No tiene estatuas en su familia, gritan. —No puede trazar una venerable línea de antepasados. —¿Y qué? ¿Es de mas celebridad deshonrar á sus ilustres antepasados que llegar á ser ilustre por su buena conducta? ¿Qué no puedo mostrar las estatuas de mi familia! Pero puedo enseñar las banderas, las armaduras y los jaeces que yo mismo he tomado al enemigo; puedo enseñar las cicatrices de las heridas que he recibido haciendo frente á los enemigos de mi país. Estas son mis estatuas, estos son los honores de que me vanaglorio; no heredados como los de ellos, sino adquiridos en fatiga, abstinencia y valor; en medio de nubes de polvo y mares de sangre, escenas de acción. En las que, aquellos afeminados patricios, que tratan por medios indirectos de hacerme perder vuestra estimación, nunca osaron mostrar sus caras. (Trad. del inglés.)

PEDRO DE ARJONA.

EL NAUFRAGO DEL RIFF.

(Continuacion).

Al primer golpe de vista, á la primera ojeada que paseé en torno mio, cuando penetré en aquella infecta caverna, que llamaban casa sus andrajosos dueños, comprendí perfectamente las duras pruebas que me reservaba en ella la Providencia. Arméme, pues, de toda la resignación que infunden en un corazón desgarrado por el infortunio las primeras caricias de bienhechora esperanza, porque á través de la horrible miseria que me rodeaba, empecé á vislumbrar, aunque lejano, el día de mi redención.

Ya tengo un amo, me decía; un amo miserable y avaro, es cierto; pero que por lo mismo de serlo tanto, procuraré

(1) Estas palabras de Cayo Mario eran una verdad en aquella época en que el valor personal era la primera de las dotes del hombre.

cuidarme lo mejor que pueda, para que no se te escapen con mi vida los doscientos pesos que ha desembolsado al comprarme. En ello le va su fortuna; y antes que me falte el alimento, será capaz de arrancárselo de la boca a sus hijos antes que permitir me toquen a un cabello, preferirá dejarse hacer pedazos. Esperemos, pues, a que la ocasión de ganar un sultan se le presente, y me devolverá sin vacilar al seno de mi familia y de mi patria. Hasta entonces tengamos paciencia.

Sostenido por este razonamiento pude contemplar con sangre fría el repugnante cuadro que formaban dos moras y seis muchachos de distintos sexos, tirados como bestias en el terrizo suelo de aquel estrecho local, y estendiendo a la vez sus inmundos brazos hacia mí, repitiendo con insultante sonrisa: ¡Castiano! ¡Castiano! Arrellanéme como mejor pude en uno de los rincones, pues estaba molido de la tarea del día, y tenía necesidad de descanso. Desde el ví que Moajam cambiaba algunas palabras con una de las moras (sus mujeres), y que ésta se llegó a un poco de fuego que ardía en la misma habitación, y de entre la ceniza sacó tres huevos: tomó después de una albarza que había colgado en la pared, un pedazo de pan de cebada, y me trajo unos y otro para que cenara. Aceptélos de buena gana, y los devoré: tal era mi apetito. Mandáronme después que me acostase; obedecí, pero no fui tan feliz en reconciliar el sueño como lo había sido al engullirme la cena. Dos hijos de Moajam, arrogantes y fornidos mozos, pero cuya piel estaba plagada de cierta erupción argentina, muy comun entre ellos, se me colocaron uno a cada lado para dormir. La dureza de mi cama, que era el santo suelo, exasperaba mis dolores: un enjambre de mosquitos me rodeaba, mortificándome con sus zumbidos: numerosos pelotones de pulgas, chinches y otros insectos mas asquerosos aun, que habían tomado posesión de las costuras de mi jaique, me tenían en continuo movimiento; y unido todo al incesante rascar de aquellos malaventurados hijos de Mahoma, me desvelaron de tal manera, que trascurrieron las primeras horas de la noche sin poder, como suele decirse, pegar los ojos a pesar de mi cansancio.

Mi primer cuidado, al levantarme en la mañana siguiente, fué decirle a Moajam, del modo menos ágrío que me fué posible, que me separase para dormir de sus hijos, pues temía que se me pegase su enfermedad: era lo único que me faltaba para estar divertido. Accedió a mi súplica, y desde entonces tuve por lecho un poyo de mampostería, que se alzaba como media vara del suelo en la misma estancia, y sobre el que estendí alguna yerba seca para estar mas blando. No lejos de la casa había un llano espacioso y en él una gran higuera, bajo la que se me pasaban los días, formando proyectos de fuga que concluían por ser castillos en el aire, en tanto que mis uñas declaraban cruda guerra a los voraces inquilinos de mi vieja vestidura.

Venían a visitarme en aquel sitio con bastante frecuencia algunos moros del contorno, y casi siempre me hablaban de mi rescate como cosa segura y próxima: al principio los creía de buena fe, y me llenaban de júbilo sus noticias, pero poco a poco fui conociendo que todo lo que me contaban era una pura fábula, y acabé por escucharlos como quien oye llover; veinte días no completos permaneci en aquel hospitalario tugurio, pobre oasis donde recobré las perdidas fuerzas para seguir caminando por el árido desierto de la esclavitud. Aquella familia indigente acabó por cobrarme afecto, y me trataba lo mejor que podía, lo mas afablemente que era dado a su feroz carácter... pero aun me brindaba el destino con el cáliz de la amargura... restábame que apurar sus heces.

Habiase ya el sol del 4 de mayo hundido en occidente para dejar paso a su tenaz enemiga la diosa de las sombras, cuando me dijeron mi amo y sus dos hijos que les siguiese. Al notar que examinaban escrupulosamente el cebo de sus pistolas y escopetas, y que se arreglaban los jaiques como para una expedición nocturna, siempre peligrosa en aquel país, cuyos senderos están infestados de malhechores, les pregunté que a dónde me conducían. Respondiéronme que a casa de Jamete verde, donde estaría mas cerca de la Plaza, y podría comunicarme todos los días con los cristianos para obtener mas pronto mi libertad. No tardé mucho en conocer que me engañaban, por ser el camino que habíamos tomado diametralmente opuesto al que crucé cuando fui a

la casa de Moajam. Comuniquéles mis recelos, y se echaron a reír por toda esplicacion. Sin embargo, allá sobre las tres de la madrugada íbamos por la baja mar, y conocí que era el Cabo de Melilla el que pisaba y que nos dirigíamos hacia *Risas altas*, donde estaba situada la vivienda de Maraguari, otro de mis amos.

Los primeros tintes del crepúsculo empezaban a matizar el Oriente, cuando entramos en una especie de corral lleno de ganado, en cuyos lados había tres puertas, tan sumamente bajas, que para penetrar por una de ellas nos fué preciso encorvarnos mucho. Allí nos esperaba Maraguari, y tras una breve plática se despidió mi comitiva, dejándome solo con él. Llegóse entonces a mí y me dijo: *ahora tú estar mio; yo pegar, yo matar*: nada le contesté: salió y volvió al momento con una gruesa cadena y unos grillos que me puso sin piedad; y no contentó con esto, me ató los brazos atrás con una cuerda de esparto, arrojándome en aquel muladar que había servido, según los rastros, de redil a una piara de cabras. Al poco rato lo vi entrar de nuevo con un pedazo de pan de cebada y una cebolla, que me dió para que almorzase, diciéndome: que yo le iba a pagar todo el mal que los cristianos le habían hecho: preguntéle que le habían hecho los cristianos, y me enseñó una cicatriz de bala que tenía en un hombro. Llamó a una jóven hija suya, y le mandó que se descubriera el pecho y la muñeca derecha, donde se advertían así mismo las señales de dos balazos. Advertíle que no era justo que yo pagase las culpas de otros, y me repuso, mordiéndose los labios de ira: *Todo lo mismo*. Salió frenético de la estancia, y a un palo que había clavado en el corral, frente a la puerta, amarró esta con cinco ó seis pedazos de cuerda, dejándome encerrado en aquella especie de mazmorra, donde no penetraban los rayos de la luz mas que por las rajadas de la carcomida puerta y por un pequeño agujero que había en el techo, de donde se divertían los muchachos en insultarme y tirarme piedras y tierra. Por debajo de la puerta metió un pedazo de olla muy sucia, con agua, que a la hora de estar en él se corrompía, y no volví a verle mas hasta el día siguiente. Cuando sentí que andaban en la puerta, un estremecimiento nervioso sacudió todo mi ser, porque era un horror invencible el que concebí por aquel monstruo, horror que solo es comparable al que experimenta el reo a la aproximación del verdugo. Su aspecto sañudo y satánico era el de la mañana anterior: me traía el consabido manjar de pan y cebolla que había de ser mi único alimento en aquel día: requisó uno por uno los eslabones de mi cadena, y notando que estaba entero el pan y cebolla del día antecedente, porque de la manera que estaba atado no podía llevarme las manos a la boca, me desató las ligaduras de los brazos, y se retiró después de renovar el agua del tiesto.

(Se continuará.)

JOSÉ JUAN GRACIE.

DOÑA ELVIRA DE VILLENA,

LEYENDA CABALLERESCA

POR EL CAPITAN GRADUADO DE COMANDANTE
D. SERAFIN OLABE.

I.

(Continuacion.)

«Con qué febril ardimiento

»El momento

»De contemplarte anhelaba,

»Pues lejos de ti, querida,

»Ya mi vida

»En el pesar se apagaba.

»Nunca bastó la victoria

»Ni la gloria

»Para calmar el dolor,

»Que á mi lastimado pecho

»El despecho

»Produjera de tu amor.

»Pero ya el cielo apiadado,

»A tu lado

»Otra vez me hizo tornar,

»Para verte, ángel hermoso,

»Y amoroso

»Entre tus brazos gozar.»

Y en la boca,

Que provoca

Con su aroma,

Recibió con embeleso

Dulce beso

La hermosísima paloma.

Sus ojos medio adormidos

Y apagados,

Sus caballos desprendidos

Destrenzados,

Su voluntad y sentidos

Embotados.

¡Qué encantadora es de Elvira

La celestial hermosura

Y el encendido rubor!

¡Con qué delicia murmura

Su lábio, cuando suspira

Con un suspiro de amor!

¡Entusiasta languidez

Y abandono delicioso!

Éxtasis dulce y hermoso

Que muy poco vá a durar,

Pues saliendo de un postigo

Se acercaron preparados

Tanta ventura a turbar.

Segun el moto que avanzan

Apagando las pisadas

En las yerbas agostadas

No son gentes de valer.

Pues siendo tantos y armados,

Por dar el golpe seguro,

Aun se esconden en lo oscuro.

¡Villanos tienen que ser!

Elvira de su delirio

Despertó sobresaltada,

Al rumor de una pisada

Que temerosa escuchó.

Y abarcando con la vista,

Del contorno en la espesura,

De los seis la catadura

Con espanto reparó.

¡Sálvate! gritó aterrada

¡Salvate! y en un momento,

Con ligero movimiento

Desprendióse del galan,

Que tornando atras la cara

Se encontró los embozados

Claramente aparejados

A cometer un desman.

(Se continuará.)

PUERTA PRINCIPAL DEL MONASTERIO DE RIPOLL.

El monasterio de Benedictinos de Ripoll, era uno de los monumentos históricos mas notables del principado de Cataluña, no solo por contener los sepulcros de varios Condes de Barcelona y de otros ilustres personajes, sino por su precioso archivo y por lo magnífico de su arquitectura. Desgraciadamente este precioso edificio no ha podido tampoco librarse de las tristes vicisitudes porque ha pasado aquella ilustre Villa durante las diversas guerras de que ha sido teatro el país. En la que el Gobierno de Felipe IV produjo en Cataluña, tomó la Villa parte en el alzamiento, luego estuvo sometida a la dominación francesa; volvió al poder de Castilla, y otra vez tornó a caer en poder de los franceses en 1685, que en el año siguiente la ganaron y perdieron sucesivamente, y por último, en nuestros tiempos, esto es, durante la guerra civil la hemos visto ceñida de llamas y casi convertida en un monton de ceniza, como en funesta espiciación de las muchas y buenas armas de fuego que en ella se habían fabricado allá en otros tiempos.

La actividad de carácter de sus moradores, ha reanimado los escombros de las casas, dándoles nueva vida en forma aun mas elegante que la antigua, ¿pero quién renovará los

derruidos miembros arquitectónicos del edificio de que nos estamos ocupando? ¿Quién dará á la principal puerta del templo, cuya vista reproducimos, aquella indefinible belleza que resultaba del conjunto armónico con las demás partes del edificio?

LOS CAZADORES DE BISONTES.

CAPITULO XXV.

Encuentro de Ike con un Oso gris.

(Continuacion.)

El oso negro, por el contrario, se sube por un tronco abrazándole, mata ordinariamente á su víctima ahogándola entre sus brazos; el oso gris no tiene la facultad de trepar de esta suerte á los árboles, y si lo ensayase, sus largas garras le serian mas perjudiciales que útiles.

Vive contento, sobre todo entre los matorrales de citisos de racimo encarnado (*Corylus rubus*) y de nisperos, especie de aliso á cuya sombra establece su madriguera, y cuyas frutas componen una parte de su alimento. Le agrada vivir cerca de un riachuelo á fin de cazar entre los sauces de las márgenes.

Se le encuentra tambien errante sobre los picos áridos y escarpados, donde el pino achaparrado y el cedro enano (*Juniperus prostrata*) forman matorrales casi impenetrables. En una palabra, el oso gris de América se halla en ciertas localidades enteramente á las que frecuenta con preferencia el leon de Africa, que dicho sea de paso, reina menos en los bosques, que en las montañas y los llanos.

El oso gris es omnívoro. El pescado, la carne, los mariscos, todo es devorado por él con la misma avidez, y lo mismo escitan su apetito las ranas, que los lagartos y los demás reptiles.

Tiene un gusto pronunciado por las larvas que dejan ciertos insectos en las paredes de los troncos huecos. Para proporcionarse este alimento, el oso gris arranca á menudo algunos árboles que á un par de bueyes les costaria trabajo remover.

Socaba la tierra tan fácilmente como un jabalí, y á veces remueve praderas enteras para buscar ciertos tubérculos y raíces que les son agradables.

Como al oso negro le gustan tambien las cosas dulces, y recoje ávidamente con su enorme garra toda suerte de menudas frutas, como la grosella, la fresa y otras varias especies de frutas silvestres.

No es bastante ágil en la carrera para cojer los bisontes, los renos y los ciervos; pero algunas veces consigue cojerlos por sorpresa, y cuando les hecha encima sus garras, arroja en tierra al bisonte mas fuerte.

Le acontece muy á menudo quitar la comida á la pantera y alejar una manada entera de lobos, apoderándose de la presa que ellos acaban de hacer.

Se ha ensayado muchas veces el domesticar crias de osos grises, pero estas tentativas han sido infructuosas. Cuando son jóvenes, se muestran muy poco dóciles, y cuando han

llegado á cierto desarrollo, su ferocidad natural predomina sobre todo, y sus instintos obligan á desistir del proyecto de domesticarlos.

Durante muy largo tiempo, el gran oso polar ha sido el animal mas célebre de su especie, y ha servido de texto á la mayor parte de los historiadores que refieren los cazadores de osos. ¿Cuántas aventuras no se han referido en las que su audacia y su ferocidad, habian sido fatales á los balleneros y á los viajeros de las regiones polares? A pesar de eso hoy todo inclina á creer que su celebridad vá á ser destronada por la de su congénico el oso gris.

La atraccion irresistible, esa sed de oro que ha llevado cerca de la mitad de la poblacion del mundo á la California, ha tenido la ventaja de dar á conocer mejor las costumbres de este animal feroz que parece vivir con mas gusto que en ninguna otra parte en los valles de la Sierra-Nevada. Las grandes tropas de emigrantes, al atravesar las vastas llanu-

sido los héroes de mas de una aventura de este género; esta razon fué causa de que les invitáramos á referirnos alguna de las mas célebres.

«Extranjeros, nos dijo por vía de prefacion uno de ellos, si algun día hallais un oso gris en vuestro camino, seguid mi consejo, dejadle pasar, es decir, que á menos de estar bien montados ó de dominar perfectamente vuestro caballo, y de no tener alrededor vuestro ni malezas ni bosques, debeis huir. Solo con las condiciones precedentes podeis estar tranquilos; porque jamás he visto un oso gris capaz de atacar á un caballo en un país raso. Sin embargo, cuando el bosque es espeso, cuando el terreno es escabroso y susceptible de hacer caer un caballo, vale mas dejar pasar al viejo gruñidor. He visto á una de las fieras de que hablamos derribar en tierra un soberbio caballo, que desgraciadamente se hallaba embarazado con unas malezas, y su jinete pudo salvarse milagrosamente subiéndose á un árbol.

Esto pasó dos minutos antes que el individuo que os dirije la palabra llegase á aquel paraje, atraído por el ruido de la lucha. Vi al animal de frente y le envié una bala de 60 en libra á la cabeza, lo cual le ayudó á hacer la cabriola, desgraciadamente muy tarde para salvar el caballo que ya estaba muerto. El oso le habia dejado medio desollado, y empezaba á sacarle las tripas.»

Cuando el cazador llegaba á este punto de su relato, sacó un rollo de su famoso *de Jarus-River*, tabaco, y cortando un pedazo, se lo metió delicadamente en su boca, y prosiguió su narracion:

«Puedo deciros haber visto no pocas veces osos grises durante mi vida, y si todos esos horrores de papel que escriben cuentos é historias sobre estas especies de animales, hubiesen encontrado tantos como yo en el espacio de su vida, podrian consagrar un libro entero á esta clase de fieras. Si me dicesen un rollo de tabaco por

cada uno de los que he matado, podria, estoy seguro de ello, tener mis quijadas en movimiento durante mas de un año. Si, si señores, he matado algunos osos, podeis creerme. ¿No es cierto Marcos?

Pues bien, voy á referiros una aventura que me aconteció á mi personalmente hace cerca de dos años. Era en el rio de la plata, entre Chimby-Rock y el fuerte Laramias.

Me comprometí, en calidad de cazador y de guia, en una caravana de emigrantes que se dirigian al Oregon.

No necesito deciros que yo iba siempre á la cabeza, escogiendo yo mismo todas las noches, el sitio del campamento.

Una tarde, pues, habia hecho alto cerca de unos grupos de árboles, pues el bosque alto es cosa estraña en las cercanias de Chimby-Rock. He aquí, me dije, un buen sitio para armar nuestras tiendas.

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado, el Secretario, F. MEDINA-VETTIA.

Director y propietario, D. M. PEREZ DE CASTRO.

Editor responsable, D. Jacinto Rodriguez.

MADRID: 1862.—Imp. del ATLAS, á cargo de J. Rodriguez, calle de San Bernardino, núm. 7.



Portada del célebre Monasterio de Ripoll, en Cataluña. (Véase pág. 251.)

ras y los desiertos que se estienden desde el Misissipi hasta las orillas del mar del Sur, han sido constantemente acosados por estos animales carnívoros. Tambien ¿qué de millares de relatos mas ó menos verdaderos, de aventuras y ataques mas ó menos curiosos de esa clase de fieras, no se han insertado en las columnas de los diarios y en los libros de viajes! El oso gris ha llegado, en fin, á ser de casi tanta celebridad como el elefante, el hipopótamo y como el rey mismo de los animales, el leon de los desiertos africanos.

Hablando con verdad, el oso gris es un terrible antagonista. Los cazadores de raza blanca, no le atacan nunca á menos de ir montados en buenos caballos y bien provistos de armas; los indios estiman en tanto el valor de aquel que mata un oso de esa especie, como el del guerrero que arranca la cabellera del enemigo vencido en el campo de batalla. Además los indios llamados pieles-rojas, no atacan jamás á ninguno de estos animales sino van reunidos en número considerable; esta caza general, es entonces precedida de un festin de ceremonia precedido de la danza que denominan del oso.

Acontece algunas veces al cazador solitario, encontrar á este terrible cuadrúpedo. Mejor le seria tener que combatir con dos indios armados de mazas y lanzas.

No hay necesidad de decir que Redwood é Ike habian